

28ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 22,1-14.

En aquel tiempo volvió a hablar Jesús en parábolas a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo, diciendo:

-El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados encargándoles que les dijeran: tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda.

Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados:

-La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda. Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales. [Cuando el rey entró a saludar a los comensales reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo:

-Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirte de fiesta?

El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los camareros:

-Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.]

UNA HISTORIA DE AMOR CON DIOS

Dice el Evangelio que el Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo... Y es que el Reino de Dios es como un banquete de bodas. El protagonista es el hijo del rey, el esposo, en el que resulta fácil **«entrever a Jesús»**.

En la parábola no se menciona en ningún momento a la esposa, pero sí se habla de muchos invitados, queridos y esperados. Esos invitados somos nosotros, **«todos nosotros»**. Y es que el Señor quiere **«celebrar una boda»** con cada uno de nosotros, quiere iniciar con nosotros **«una comunión de amor para toda la vida»**.

Así pues, nuestra relación con Dios no puede ser sólo como la de los súbditos devotos con el rey o la de los siervos fieles con el amo, sino, ante todo, **«como una relación de amor»**, como la de la esposa amada con el esposo. En otras palabras, **«el Señor nos desea, nos busca y nos invita»** y no se conforma con que cumplamos bien los deberes u observemos sus leyes, sino que **«quiere que tengamos con Él una relación estrecha, una verdadera comunión de vida, una relación basada en el diálogo, la confianza y el perdón»**.

Así es la vida cristiana, **«una historia de amor con Dios»**, donde el Señor toma la iniciativa gratuitamente y donde ninguno de nosotros puede vanagloriarse de tener la invitación en exclusiva. Ninguno es un privilegiado con respecto de los demás, pero cada uno es un **«privilegiado ante Dios»**. De este amor gratuito y privilegiado nace y renace siempre **«la vida cristiana, la vida del Reino de Dios»**.

Y es que el Reino de Dios es un **«tesoro»** que, una vez conocido, hace despreciar todo lo demás. Es vivir por encima de la envidia, la codicia o la corrupción porque se ha descubierto que **«la austeridad, el desprendimiento o la concordia dan satisfacciones mucho más profundas y duraderas»**. Es también vivir por encima de la **«riqueza o pobreza, salud o enfermedad, vida larga o corta»**, porque se ha descubierto una dimensión trascendente de la vida que hace que todo eso sean únicamente **«medios para caminar, no fines para disfrutar»**. El Reino de Dios es, sobre todo, **«libertad»**, que nace del conocimiento de Dios, un Dios del que Jesús nos ha revelado que es un **«Padre que nos ama»**, la fuerza para escapar de la esclavitud del pecado, de los sinsentidos de la vida.

Así, el Reino no es otra cosa que un **«estado de gozo interior, aquí y ahora»**, tal que ninguna de las adversidades de la vida, puede cambiar ese estado anímico de equilibrio, de **«saber dónde estoy y a dónde voy, dónde y cómo acaba esto y qué valor tienen las cosas»**. Y todo eso se manifiesta, aun en medio de cualquier contrariedad, en la paz del espíritu, la confianza en Dios, un estado habitual de agradecimiento y de disponibilidad.

No obstante, el Dios de la Vida aguarda una **«respuesta de vida»**, el Señor del amor



Desde
la fe

ORACIÓN AL CREADOR

DE LA ENCÍCLICA FRATELLI TUTTI DEL PAPA

Señor y Padre de la humanidad,
que creaste a todos los seres humanos
con la misma dignidad, infunde en
nuestros corazones un espíritu fraternal.

Inspíranos un sueño de reencuentro,
de diálogo, de justicia y de paz.

Impúlsanos a crear sociedades más
sanas y un mundo más digno, sin hambre,
sin pobreza, sin violencia, sin guerras.

Que nuestro corazón se abra a todos
los pueblos y naciones de la tierra,
para reconocer el bien y la belleza que
sebraste en cada uno, para estrechar
lazos de unidad, de proyectos comunes,
de esperanzas compartidas.
Amén.

espera **«una respuesta de amor»**. El riesgo de no vivir desde el amor es vivir una vida cristiana rutinaria, que se conforma con la **«normalidad»**, sin vitalidad, sin entusiasmo.

Por tanto, hemos de reavivar constantemente ese amor primero: Decirle, cada día: **«Te amo Señor. Tú eres mi vida»**, porque si se pierde el amor, la vida cristiana se vuelve estéril, se convierte en **«un cuerpo sin alma»**, una moral imposible, un conjunto de principios y leyes que hay que mantener sin saber por qué. Y, sin embargo, somos los amados, los invitados a la boda y **«nuestra vida es un don»** y cada día una magnífica oportunidad para agradecer su invitación.

Pero el Evangelio nos pone en guardia: **«la invitación puede ser rechazada»**. Muchos invitados respondieron que no, porque estaban influenciados por sus propios intereses. **«Pero ellos no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios»**, nos dice el Evangelio. Preferían poseer algo en vez de implicarse, como exige el amor. Así es como se da la espalda al amor, **«no por maldad»**, sino porque se está cómodo con lo propio: **«las seguridades, la autoafirmación o las comodidades»**.

Se prefiere apoltronarse en el sillón de las ganancias, de los placeres o de los hobbies. Pero así **«se envejece rápido y mal»**, porque se envejece por dentro. Y es que **«cuando el corazón no se dilata, se cierra»**. Y cuando todo depende del yo, de lo que me parece, de lo que me sirve, de lo que quiero, se acaba siendo **«personas que reaccionan mal»** por cualquier cosa, como los invitados del Evangelio, que fueron a insultar e incluso a asesinar a quienes les llevaban la invitación, sólo porque los incomodaban.

Entonces el Evangelio nos pregunta de qué parte estamos: ¿de la parte del yo o de la parte de Dios? Porque **«Dios es lo contrario al egoísmo»**, contrario a la **«autorreferencialidad»**. Dios, nos dice el Evangelio, ante la cerrazón de sus invitados, sigue adelante, no pospone la boda. Nosotros, cuando nos sentimos heridos por agravios y rechazos, a menudo respondemos con **«disgusto y rencor»**. Dios, en cambio, lo hace **«disponiendo el bien»**, incluso para quien hace el mal. Porque así actúa el amor; porque **«sólo así se vence al mal»**.

El Evangelio subraya un último aspecto: **«el vestido de los invitados»**. En efecto, no basta con responder una vez a la invitación, decir **«sí»** y ya está, sino que se necesita vestir un hábito, se necesita **«el hábito de vivir el amor cada día»**. Los santos y sobre todo los mártires nos señalan este camino. Ellos no han dicho **«sí»** al amor con palabras y por un tiempo, sino **«con la vida y hasta el final»**. También nosotros hemos recibido en el **«Bautismo»** una vestidura blanca, el vestido nupcial para Dios. Pidámosle, pues, la gracia de llevar cada día este vestido limpio. ¿Cómo hacerlo? Ante todo, **«acudiendo a recibir el perdón del Señor sin miedo»**. Este es un paso decisivo para entrar en la sala del banquete de bodas y celebrar nuestra boda con Él. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

11 de octubre de 2020